

El fantasma del castillo Poenari

—¡Jungkook! —La voz profunda de Jimin me despertó. Dándome la vuelta, entreabrí los párpados y lo acaricié, solo para darme cuenta de que estaba cubierto de escarcha.

—¡Estás helado! ¡Ven, métete debajo de las mantas! —dije, haciendo las últimas a un lado para que pudiese acostarse junto a mí y luego, tras cubrirnos bien, abrazándolo para ayudarlo a entrar en calor. Tiritó unos segundos, rodeándome con ambos brazos y sujetándome contra sí, y entonces supe que el frío que lo embargaba no había sido causado por la nevada sino que era de índole sobrenatural.

—Vi a mi padre —dijo junto a mi rostro. En ese instante terminé de despertar por completo y me senté para mirarlo con los ojos abiertos de par en par.

—¿Dónde está? —inquirí atónito.

—En el más allá —suspiró, su aliento gélido alcanzándome al tanto que tomaba una de mis manos entre las suyas —Vino a despedirse de mí.

—Oh, por Dios... —murmuré, y mis pupilas se humedecieron. Entonces, Jimin procedió a contarme cómo había sido el encuentro con el fantasma de su padre amado:

—Me hallaba entretenido cazando cuando detecté una luz tenue entre la maleza así que, preguntándome si habría otro campamento, me dirigí con sigilo hacia ella, solo para descubrir que se trataba de un fuego fatuo. Yo no lo había evocado, pero en la región suelen aparecer de forma espontánea, así que no le presté demasiada atención. Sin embargo, la pequeña llama azul me rodeó, dando pequeños saltos como si quisiera decirme algo. Puesto que es inusual que un fuego fatuo quiera jugar conmigo como cuando era un niño, asumí que deseaba llevarme a algún tesoro, así que le hice saber que no buscaba uno en aquel momento. Sin embargo, la llama siguió dando vueltas en torno a mí hasta que accedí a seguirla, tras de lo cual se desplazó hacia el norte velozmente, tanto así que me costaba un poco conservar el ritmo haciendo uso de todos mis poderes. Alrededor de una hora después, divisé el castillo Poenari en la distancia y comprendí que el fuego fatuo deseaba dirigirme a su interior. Aún tras de él, ascendí el último tramo tan pronto como pude y, jadeando, me detuve en el primer umbral de acceso. Extrañamente, hacía más frío adentro que afuera en el bosque, y un escalofrío me recorrió cuando me di la vuelta para comprobar que el fuego fatuo había desaparecido. Yo jamás había entrado al castillo, pero algo acerca de él me atemorizaba de modo inexplicable a pesar de mi propia naturaleza. Me paseé por la tenebrosa estancia, la cual estaba vacía, palpando los muros de piedra y deteniéndome aquí y allí para mirar por encima de mi hombro pues tenía la sensación de estar acompañado. Solo a la sazón percibí un aroma inconfundible que hizo que me estremeciese al tanto que mis ojos se llenaban de lágrimas: la sangre de mi padre estaba derramada sobre el suelo empedrado. Sentí, Jungkook, que me desgarraba por dentro al comprender que mi padre había sido asesinado por mis tíos en ese preciso lugar, y caí de rodillas, llorando como un chiquillo y besando los vestigios de su sangre preciosa en la roca y sus hendiduras. Arañaba el suelo y lo golpeaba con los puños al

tanto que mis lágrimas se fundían con lo último que había quedado de él en aquel oscuro recinto, y lo llamé a gritos en mi dolor, diciéndole cuánto lo amo y extraño, lamentando su muerte más que nada en el mundo y sintiendo de nuevo el horrible vacío de su ausencia. Con las manos ensangrentadas, me abracé a mí mismo, contándole cómo lo había esperado, añorando un último abrazo de su parte, cuando escuché su voz ante mí.

—Aquí estoy, hijo —Al principio, creí estar delirando a causa de la intensidad de mi sufrimiento, pero una silueta luminosa se hizo visible de modo paulatino y, estupefacto, elevé la cabeza para encontrarme con la amorosa sonrisa que conocía tan bien y aquellos ojos profundos y sabios que expresaban todo lo que sentía sin necesidad de que hablase. Ahogué un gemido y me lancé hacia delante para abrazar sus rodillas, pero mis brazos pasaron a través suyo.

—¡Padre! —lloré, sin poder decir nada más durante unos instantes, al tanto que él me sonreía con una felicidad que no es propia de la existencia temporal.

—Esperé largo tiempo a que vinieras —dijo, entregándome toda la calidez de su afecto paternal con la mirada aunque no pudiese hacerlo por medio de un cuerpo físico —Sabía que me encontrarías en la oscuridad cuando el momento fuese adecuado y ahora puedo al fin presentarme ante ti. Debo decirte algo aunque, conociéndote, crea que está de más —Asentí sin poder contener mis sollozos, temiendo que desapareciese de repente —Quiero pedirte que no le des muerte a tu tío en mi nombre, el de tu madre o el tuyo propio. Como sabes, ahora que la maldición generacional se ha roto, puedes matar a conciencia sin que ello afecte tus poderes de strigoi. Aun así, si derramas su sangre, enfrentarás terribles consecuencias al morir, tal y como me ocurrió a mí por haber causado la muerte de mi otro hermano, aunque creyese estar haciendo justicia.

—¿Ya cesaron tus padecimientos, padre? —inquirí con un hilo de voz, mi pecho helado de terror ante la idea de que estuviese sufriendo.

—Sí, hijo, aunque estuve a punto de ser condenado al fuego eterno, pues el diablo me reclamaba por haber interrumpido una vida voluntariamente además de haber muerto lleno de odio e ira. Sin embargo, el inmenso dolor que me abrumaba atenuó mi castigo y al fin el Creador de todo el universo, dueño único de la vida y la muerte, se apiadó de mí. Cometí muchos errores. He debido tomarte e irme lejos de aquí para que crecieras junto a mí. ¡Perdóname, hijo!

—¡Por supuesto que te perdono, padre! —sollocé por entre los dientes, apretando los puños y sintiéndome desfallecer de tristeza —¡Solo quiero saber que eres feliz!

—Soy dichoso en la eternidad, en gran parte, gracias a los méritos de tu noble corazón. Estoy con tu madre y nuestros ancestros que merecieron la paz después de morir. Juntos te estaremos esperando.

—¡Oh, padre! —gemí —¡Cuánto te he echado de menos!

—Puedo verte desde mi morada aunque tú a mí no, hijo —respondió —Te amo.

—¡Y yo te amo a ti! —grité, sin dejar de apreciar cada segundo que tenía el privilegio de contemplarlo.

—Lo sé —dijo, sonriendo y llenándose de su esencia —Te veré cuando sea tu hora y entonces te abrazaré para darte la bienvenida al lugar donde estaremos eternamente juntos. Mi tiempo se acaba. Adiós, hijo mío.

—Adiós, padre —me obligué a balbucir, pues sabía que serían las últimas palabras que podría dirigirle, al tanto que la inmaculada visión de su alma inmortal desaparecía ante mí, y entonces perdí el sentido a causa de las emociones. Durante mi inconsciencia, escuché voces que parecían traspasar las paredes, gritos, llanto, súplicas e imprecaciones y, al fin, la maldición de Esther Baruch.

—¡Drăculea! —La voz que había escuchado hacía tantos años y en otro lugar me sobresaltó, forzándome a recobrar la lucidez —¡Drăculea, realmente es usted! —dijo el hombre en rumano, y por su tono supe que estaba a la vez feliz, sorprendido y aterrado —¡Mi sueño fue real! Y, lo mejor de todo: ¡estás vivo! —Min Yoongi llevaba una antorcha en la mano y me observaba con los ojos abiertos de par en par, sin atreverse a tocarme. Aunque había encanecido, tenía el mismo rostro jovial, valiente y decidido de antaño.

—¡Yoongi! —exclamé, procurando salir del pasmo —¿Dónde has estado todos estos años y qué haces aquí ahora?

—¡He estado escondiéndome de su tío, por supuesto! ¡Y dé gracias a Dios que lo hice bien o, de lo contrario, nadie podría comprobar que es el legítimo hijo de su padre!

—Gracias, Dios —dije, bromeando a medias al tanto que me incorporaba y sintiéndome en extremo débil —Y, gracias, Yoongi —Aunque estoy profundamente agradecido con el Creador y con Min Yoongi, después de haber visto y escuchado a mi padre, sé que el que fue su mayor deseo en vida perdió toda relevancia cuando cruzó el umbral de la eternidad, por lo cual comprobar mi legitimidad era lo último que me importaba en aquel instante durante el cual solo podía recrear en mi mente los extraordinarios sucesos que acababa de vivir.

—No se burle, señor, que es cosa muy seria —me amonestó.

—Lo sé —dije, sonriendo, tras de lo cual le di unas palmadas afectuosas en el hombro

—Discúlpame, Yoongi. Juro que recompensaré tu lealtad a la memoria de mi padre como ningún otro strigoi lo hizo con el más fiel de sus aliados.

—¡Soñé que lo vería aquí! —dijo sin prestarle ninguna atención a mi promesa y gesticulando con violencia —¡Aún no lo creo! Salí de mi escondite y me puse en camino de inmediato aunque, debo decirle, ¡tenía un terrible presentimiento! Y hallarlo dormido en el lugar donde falleció el Dracul, ¡por poco muero del miedo! ¡Creí haber desperdiciado toda mi vida intentando cumplir la última voluntad de su padre en vano! —Entonces comprendí cuánto amaba Yoongi a mi padre Hoseok y supe que jamás había obrado en aras de obtener una recompensa sino guiado por la más pura fidelidad, lo cual me conmovió profundamente. Él, por supuesto, no sabía mucho de mí excepto que había sido un muchacho hostil y desconfiado cuyo corazón se había roto en mil pedazos al recibir las noticias de las cuales él era portador, por lo que solo podía apreciarme por ser el hijo del fallecido strigoi a quien había elegido servir a pesar de creer que era una suerte de demonio encarnado. Le rogué que me perdonase por el trato que le había dado la única vez que lo había visto anteriormente, ante lo cual él, desconcertado, dijo: —Se equivoca, señor. No me maltraté en

ningún momento. Al contrario, hubiese querido darle algo para aliviar su pobreza y pesadumbre en aquel entonces, pero aún no había hallado el generoso tesoro que el Dracul tan amablemente me legó, pues sus indicaciones eran muy complicadas. Soy rico gracias a su padre, ¿sabe? Él se aseguró de que no me faltase nada para que pudiese cumplir mi misión a cabalidad —Reí para mis adentros, aliviado de saber que Yoongi no había pasado graves privaciones materiales por servir a mi padre, al menos durante los últimos años, y fue así como confirmé mi reciente intuición al respecto de su lealtad incondicional. Sus ojos se habían humedecido al recorrer aquel espacio lúgubre, y le propuse salir de allí cuando apenas empezaba a nevar —Enterré a su padre junto a los restos de su difunta madre, señor —dijo, caminando conmigo hacia el exterior —Quizá le gustaría visitar su lugar de descanso —Lo viré hacia mí y, sujetándolo por los hombros balbucí:

—¿Tú sabes dónde están? —No podía creer que, justo tras despedirme del fantasma de mi padre, Yoongi me estuviese ofreciendo la posibilidad de visitar los restos mortales de mis dos progenitores para honrarlos, lo cual ni siquiera había considerado hasta hoy.

—Por supuesto —repuso él, extrañado —Tuve que ocultar el cuerpo del señor tras su fallecimiento para que su tío no idease nuevas formas de profanarlo, por lo cual no se halla en lo que queda del cementerio familiar de sus ancestros.

—¿Qué le ocurrió al camposanto? —inquirí perturbado.

—Sus tíos se sirvieron ampliamente de él para practicar las artes negras.

—Debí imaginarlo —comenté.

—Aunque, debo aclararle, para mi pueblo la muerte es impura y de pésima suerte sin importar cuántas bendiciones lleve una tumba encima, el lugar donde están enterrados sus padres es mucho mejor que la fortaleza que acabamos de dejar o el suelo maldito sobre el cual caminamos ahora.

—Le rogué a Yoongi que nos lleve al lugar donde yacen mis padres cuanto antes, pues quiero ir contigo, y me aseguró que así sería. Sin embargo, aunque ansía ver a sus primos Min y escupir en el rostro de mi tío derrotado como todos los demás, no quiso venir conmigo al campamento —concluyó Jimin —Dice que, en vista de mi retorno, tiene asuntos urgentes que atender, los cuales supongo están relacionados con el sello, y afirmó que vendrá para la celebración del cuarto mes del gitanillo. Aun así, no me he sobrepuesto a lo que experimenté en el interior del castillo Poenari. Era él, Jungkook. Pude despedirme de mi padre.

—No sabes cuánto he anhelado que llegase este día —dije, acunando su rostro entre mis manos y mirando dentro de sus preciosos ojos que brillaban en la oscuridad de la tienda.

—Me parece, teniéndote aquí a mi lado, que podría morir en paz justo ahora —suspiró, sujetándome contra sí.